

Coro. Est. 1a.—¿Quién fue? ¿Quién, sino un dios que el destino penetra, el que movió nuestra lengua para que le pusieramos un nombre tan exacto a la Helena de la contienda, que defendió el marido con la lanza en la mano? ¡Helena! ¡Fue la perdición ella de las naves, perdición de los pueblos, perdición de los hombres! Pudo abrir las cortinas del tálamo marital, ricas y bellas... , pudo huir por los mares, al empuje impetuoso del céfiro... Y en pos de ella se lanzan cazadores armados, con escudos potentes, que sus huellas persiguen. Husmeando van los surcos que las naves dejaron, hasta llegar a las verdes riberas de Simois... ¡Van por la sangrienta venganza de Erinis!

Ant. 1a.—¡La Ira vengadora en sus irrompibles fallos forjó una alianza de enconos y la empujó hacia Ilión: una alianza de muerte! Iba a vengar la profanación de la mesa hospitalaria y de Zeus que la ampara... Iba a vengar, también, la amarga burla al canto de las nupcias que al desposarse ella, cantaron a una voz alegre sus cuñados...! ¡Ay, la vieja ciudad de Priamo, con dolor tremendo, pudo olvidar el canto de jubilosas bodas, para aprender el himno del dolor y el luto...! Y en su amargura detesta y maldice a Paris, el varón de los funestos amores, y llora sobre los despojos de sus hijos bañados por su sangre.

88 Est. 2a.—Así fue: hubo un día que crió un hombre amante un cachorrulo de león en su hogar mismo, quitado de los pechos de la madre... En los primeros años de su vido el leoncillo a los niños acariciaba y encantaba a los viejos con sus gracias. ¡Lo tomaban a guisa de un pequeñito, en los brazos mismos, halagüeño y gozoso, lamando la mano que le daba su pitanza para acallar el hambre...!

Ant. 2a.—¡Ah, pero con el tiempo descubrió el instinto de sus padres... ¡Lo cuidaron amables al nutrirlos? ¡El se da el lujo de un banquete de ovejas degolladas por sus garras! La casa queda bañada en la sangre, y un doloroso horror invade a los moradores; asco tremendo ante matanza tan funesta. ¡Fue un sacerdote de Ate en la casa criado por permisión divina el que ellos educaron!

Est. 3a.—¡Así así a Ilión llega ella, la fementida! ¡Eso decirlo puedo! Alma serena cual el mar que no turba la brisa más ligera, joya preciosa de una rica mansión, dulce juego de pupilas que son arma que hiere, flor incitante que los corazones al amor induce...! Pero... , ¡cuán pronto, qué cambio: amargo desenlace de una boda: intratable en el modo, insufrible en la vida doméstica... , hizo invasión de la casa de Priamo, llevada por Zeus hospitalario, se ha trocado en una de las Erinis que provocan el llanto a los esposos!

Ant. 3a.—Viejo oráculo corre ha mucho tiempo entre los mortales sin cesar repetido: "La dicha humana cuando a colmo llega

Her.—Diste en el blanco cual arquero hábil: largo infortunio lacónico expresas.

Coro.—¿Qué se decía en la flota? ¿Estaba vivo o muerto?

Her.—Nadie lo supo: no hay noticia cierta, ¡el sol lo sabe que la tierra nutre!

Coro.—Dime, ¿cómo fue el torbellino suscitado por los dioses en su cólera sobre la armada? ¿Qué resultado tuvo?

Her.—Un día feliz no debe la lengua con discursos de amargura profanar dolorido. Cada dios tiene su hora de homenaje. Cuando un mensajero viene a la ciudad, con la tristeza en la frente y le reporta la nueva dolorosa de que su ejército quedó destruido; cuando con sus anuncios da a conocer que el pueblo ha recibido una herida común a todos, porque una gran parte de sus guerreros fueron arrebatados a sus hogares, por el doble azote de Ares, que todo lo destruye y ensangrienta, bien está que el heraldo de tan malas nuevas alce un fúnebre himno a dioses de la venganza, las indomables Erinis. Pero yo, que vengo a dar nuevas de saludables hechos, a esta ciudad en que triunfante canta el gozo, ¿cómo pudiera mezclar la dicha con la desgracia y describir la tormenta tremenda que los dioses desataron contra los argivos? ¡Ah: dos enemigos eran, reconciliados nunca: el mar y el fuego! Y ellos pactaron una alianza para destruir la armada de los aqueos. Era la noche: se alzaron las olas enfurecidas para destruirnos. En terrible empuje en los vientos de Tracia las naves entrechocaban unas contra otras. Se incrustaron los espolones de unas en el casco de otras, impelidas por embate del huracán furioso. El, cual pastor funesto, las quebranta, las rompe, las sumerge... , ¡se pierden en la hondura de los mares! Nació la luz del sol al día siguiente: vimos florecer el mar Egeo con un cúmulo de cadáveres de aqueos y con las rotas maderas de los navíos... En cuanto a nosotros, nuestra nave se hallaba intacta... ¿Quién pudo preservarla de la ruina? ¿Quién nos mantuvo incólumes? ¡Cierto, fue un dios, no un hombre! ¡Un dios nos dio la salvación poniendo su mano en el timón seguramente: era la Fortuna Liberadora! Ni nos bañaron las olas, ni se quebró la nave, ni fuimos a chocar contra un escollo. Libres de la muerte en la superficie del mar, dudábamos aún de la fortuna, aunque había resplandecido el día esplendoroso. No podíamos gozar: un dolor nuevo nos llegaba al alma: ¡la armada estaba totalmente deshecha...! ¡Podrá ser que reste algún superviviente... , pensará que todos hemos muerto... , y nosotros de ellos formamos el mismo juicio! ¡Sea lo que mejor pueda! Ten esperanza: el primero que verás regresar será Menelao. ¿Quién sabe? Un rayo de sol lo verá vivo y con los ojos a la luz del día por las artes de Zeus. No quiere el dios acabar con su linaje... , ¡alguna vez ha de retornar al hogar! Oyendo esto ten por cierto que has oído la verdad neta.

se hace fecunda y no muere sin dar hijos: de la feliz fortuna, para su pro genie, da semilla de infortunio que jamás se sacia". Yo me aparto de este proverbio: por mi solo pensado formulo: "Un acto impío, el cual padre, va dando vida a muchos más: pero en la casa del justo, la fortuna es siempre procreadora de bellos hijos".

Est. 4a.—Sí, pero la arrogancia enaltecida, cuando envejece, en la casa de los malvados engendra nueva arrogancia al momento en que el Hado lo fija, y la negra Ate, enemiga de los hogares altanera, que nadie domar puede, que nunca va vencida, llena de odiosa crueldad, nace también allí, semejante en todo a su madre.

Ant. 4a.—Y es la justicia lámpara en la ahumada casa de los pobres y da honor a la pureza de su vida. Desvía la mirada de la casa que el oro adorna, puesto por mano mancillada que allí impera. Fija los ojos en él sin tacha: nunca atiende al poder que de mal modo adquirió la riqueza y se gloria de ella: ¡Todo a fin recto rígida encamina!

#### Sale Agamemnon

Coro.—¡Hurra, oh rey, hijo de Atreo, de Troya destructor...! ¿Con qué palabras saludarte pudiera? ¿Cómo guardar el equilibrio de las alabanzas? ¡Ni excederme en elogios que superen, ni tampoco quedar corto en lo que merece tu grandeza! ¡Cuántos hay que quebrantan lo que es justo, anhelosos más de aparentar que de serlo! Para quien está luchando con sus amarguras todo el mundo está dispuesto a compartirlas: pero en su interior, no hay una mordedura de dolor en sus entrañas! Lo mismo con quien goza... , hacen el además de compartir su alegría, y sonríe forzosamente el rostro, por más que nada haya en el pecho!... (alguna) Pero el que es recto y conocedor de sus ovejas, no es fácil de engañar. No lo ilusionan los ojos de aquellos que fingen estar en la misma gama de sus sentimientos, pero solamente halagan con una fementida amistad.

Tú para mí —¿qué gano con negarlo?— cuando dispusiste en aquellos tiempos una flota para ir a rescatar a Helena, fuiste clasificado como un mentecato, incapaz de tener el timón de su propio juicio. Ibas a hacer morir hombres, para devolver a una mujer desvergonzada que por su propio gusto se había ido. Ahora no: no de labios afuera, ni con frías ficciones, sino ardientemente, te doy el parabién: ¡hiciste tu deber! Ya, —si saberlo quieres— sabrás si ha habido entre los que quedaron en custodia de esta casa leales que la guardaron y pérfidos que la perdieron.

Ag.—Justicia es que antes que nada os salude, oh ciudad de Argos y dioses que guardan sus tierras... , ¡ellos fueron los que obraron mi regreso! Justiciera venganza de castigo obré en la ciu-

dad de Priamo. Los dioses discutieron y fallaron la causa: ni uno solo faltó para echar en la urna sangrienta su voto: todos en contra de Troya y muerte a sus guerreros. Y en la urna del perdón sólo la mano de la Esperanza puso su voto: ¡la urna quedó vacía! Ya la ciudad cautiva se conoce solamente por el humo que se alza de sus escombros. Las iras de Ate están vivas: Ilión es la que se va disipando en moribundas cenizas de sus tesoros... Los dioses fueron: les debemos gratitud sin límites: el rapto fue duramente castigado y, por una mujer, la ciudad ha quedado reducida a polvo: fue el obrero el monstruo argivo, salido de las entrañas de un caballo con el broquel en los brazos, cuando iban declinando a su ocaso las Pléyades. Recobró su vigor, corrió como un león que husmea la carne fresca de cuerpos regios. Este es el homenaje que debo a los dioses.

En cuanto a tus sentimientos, estoy acorde contigo. Los defenderé siempre: ¡a qué pocos les place admirar sin envidia los triunfos de un amigo! Como un veneno la malevolencia entra en el corazón y con su infección agrava duplicada la carga: el infeliz se siente abrumado por su propio infortunio y la contemplación de la felicidad ajena lo hace gemir. Lo tengo sabido, por eso lo digo: bien conocido tengo el espejo de la amistad; es una vana imagen de sombra la que yo creía sincera adhesión de mis amigos. Hubo uno solo: Ulises. Contra su voluntad se alistó en la empresa. Pero uncido al yugo, fue mi auxilio mejor. ¡Esto digo de él, sea que haya muerto o sea que viva!

Lo que se refiere a la ciudad o a los dioses será tratado en pública asamblea que reuniremos y en ella se discutirán los mejores procederes. Lo bueno, que se afirme; lo malo que se corrija. Si hay que cauterizar, cauterizamos; si hay que cortar, cortaremos: ¡que no avance el contagio!

Ahora pues entro a mi palacio, haré las rituales libaciones a los dioses. Lejos me acompañaron; acá de retorno me han traído.

¡La Victoria siguió mi camino: ella se me mantenga fiel!

Cl.—Ciudadanos de Argos, honorable senado. No tendré vergüenza de explayar mis sentimientos de amor a mi marido. Va muriendo con el tiempo el tímido pudor ante los hombres. Nadie me ha aleccionado: mi vida es la que narrar quiero, en todo el tiempo en que este hombre permaneció en Ilión. ¡Qué dolor a una esposa quedarse sin esposo en la mansión solitaria! Sólo los rumores en su contra la acompañan. ¡Llega un mensajero: malas noticias! ¡Llega otro: noticias peores! ¡Todos gritan infortunios para esta casa! Si este hombre hubiera recibido las heridas que por diferentes conductos se me comunicaban, fuera una pura criba, una red de mallas. Y si hubiera muerto tantas veces como le trajeron la infausta nueva,

podría jactarse de ser un nuevo Gerión tricorpóreo, que tres veces había ido a ser cubierto por el manto de la tierra: una por cada cuerpo que moría. Tales rumores muchas veces me hicieron echar a mi cuello un lazo para cortar mi vida: a la fuerza lo cortaron otros. Esta es la razón de que mi hijo esté ausente, él, dulce prenda de tu amor y el mío, como fuera oportuno. No te admire que Orestes no esté aquí. Lo está educando Estrofo el de Fócide. El mismo me hizo ver con anticipo los dos males que amenazaban: tu peligro de muerte en Ilión, y aquí un brote anárquico del pueblo que derrocará al Consejo. ¡Triste condición es del mortal al que ha caído darles de coces una y muchas veces! Esto que digo no nace de dolo. Y yo, yo... ¡he llorado tanto que las fuentes de mis lágrimas se secaron: ya no puedo llorar: ni una gota me resta! En mis largas noches insomnes se quemaron mis ojos llorando por ti y atisbando sin cesar el silencioso mensaje de las llamas. ¡Cuántas veces en sueño el leve rumor de un mosquito estridente me despertaba y era más grande mi congoja viendo males mayores que los que en sueños había visto!

Ahora todo eso pasó: mi alma ha quedado libre de congojas, ya sin penas puedo proclamarlo: Este hombre es el mastín del establo, el cable salvador del navío, la columna que soporta el alto techo, el hijo único para su padre, la tierra que ansioso anhelaba el navegante e inesperadamente aparece, la luz más hermosa después de la tempestad, la bullidora fuente que ha de saciar la sed al caminante fatigado. Estos, estos son los epítetos que le convienen. ¡Cuán consolador es haber escapado a tantos peligros impuestos por el Hado! Calle la envidia: galardón por haber sufrido tantas penas es la alegría del presente!

Para mí ahora, cabeza amada, baja ya del carro. Pero, no, príncipe, no pongas el pie en el desnudo suelo, ya que ha pisoteado a Ilión... ¡A qué tardáis, esclavos? ¡Tended ya las alfombras que ha de pisar su planta...! Cubra la púrpura todo el trayecto por donde la Justicia lo va a conducir con el honor debido a una mansión que no lo esperaba. Lo demás mi diligencia que no sucumbe al sueño lo va a disponer, con ayuda de los dioses, por los senderos que marca el Destino.

Ag.—Prole de Leda, guardiana de mi hogar: has dado a tus palabras la misma longitud que tuvo mi ausencia. Pero las alabanzas, si las merecemos, han de proceder de ajenos labios. Y a mí no me des el trato que a una mujer se debe, ni me iguales a un rey bárbaro con lujos de molicie y rindiéndote a mí y lanzando gritos. Menos tiendas tapices a mis pasos... suscitarían la envidia. A los di-

ses hay que dar ese honor: yo, mísero mortal no podría ir sin temores hollando esas bordadas telas primorosas. Yo honores de hombre

quiero, no divinos. Mi renombre es mucho más valioso que esas alfombras bordadas y esas telas preciosas. Y el no cometer errores de prudencia es el don más alto de los dioses. Feliz es solamente el que su vida acaba en plácida ventura. Dichoso yo si tal fortuna logro.

Cl.—Sin restricción mental dime.

Ag.—Sábetete que no tuerzo el pensamiento.

Cl.—¿Hiciste acaso voto a los dioses de no hacer tal cosa?

Ag.—Si no hubiera habido un más entendido que lo indicara.

Cl.—¿Qué hubiera hecho Priamo? ¿Tú qué crees?

Ag.—Pienso que hubiera caminado sobre bordadas alfombras...

Cl.—¿Qué temes pues? ¿El dicho de los hombres?

Ag.—¿Qué fuerza tiene la fama que el pueblo nutre!

Cl.—¿El que no es envidiado no es feliz!

Ag.—Tampoco es de mujer armar contienda.

Cl.—Bien les cae a los victoriosos ser vencidos.

Ag.—¿Luego te empeñas en vencerme ahora?

Cl.—Tenlo por cierto... déjame la victoria benigno.

Ag.—¡Sea, pues lo quieres! ¡Pronto, las sandalias desate un siervo: ellas mismas son siervas de los pies que las calzan! ¡Voy a pisar la púrpura: que no haya una deidad hostil que desde lejos contemple con horror esta acción mía! Cómo me abochorna traer derribo a esta casa hollando con mis pies estas riquezas compradas a precio de oro...!

Esto basta... Oh, recibe benévola a esta extranjera. A quién con suavidad gobierna, los dioses desde lejos lo miran con clemencia. ¿Quién hay que quiera sufrir sobre sus hombros un yugo de esclavo? ¡No tenerlo es el mayor tesoro! (Ofrece una ofrenda). Entre tantas riquezas, esta flor de mi armada, donada por mi ejército es la que aquí ofrezco.

(A Clit.) Me obligaste a hacer tu voluntad: Llegaré al interior de mi palacio hollando púrpuras! (Entra).

Cl.—¡Allí está el mar...! ¿Quién agotarlo puede? Ese mar que alimenta y sin cesar renueva el precioso líquido de que nace la púrpura para nuestros inagotables ansias. ¡Señor, loor a los dioses! Esta casa no sabe qué es pobreza. Todo abundante tiene. Votos hubiera hecho de pisar, de destruir mil y mil tapices de esta clase,

si hubiera sabido que era ese el precio de tu retorno al hogar, o alma tan amada. Mientras el árbol raíz conserva incólume, s fronda habrá de extenderse para abrigar y refrigerar la vieja mansión contra los ardores caniculares! O también: Tu regreso es para nosotros como el dulce calor primaveral que vuelve al finar los rigores del invierno. Es Zeus que madura la uva en su planta para que sea la dulce bebida del hogar ¡El hombre acabado llegó a su murallas! Oh Zeus, Zeus que todo lo llevas a perfección, consum mis deseos: piensa en la obra que debes acabar...! (Entra al palacio. Queda patente la puerta).

Coro Est. 1a.—¿De dónde nace ese temor? ¿Por qué mi corazón présago se repleta de presentimientos? ¡Volando van como aves en torno mío!... Nadie lo manda, nadie lo paga y me siento divino. Esta obsesión... ¡No puedo desecharla, como se echa fuera la ilusión de un sueño! Y seguro no estoy; no hay solidez en mis sentimientos. Domina en mi alma como un rey. ¡Ha tanto tiempo afiancé mi barco en la arenosa playa de Ilión! Las arenas no pudieron impedir su estancia cuando resueltos mis guerreros se lanzaron contra Troya.

Ant. 1a.—Pero ahora miro su regreso. Testigo soy de su victoria. Y mi corazón aún canta dolorido y entona, sin liras, mi lamento. ¡Es el canto fatal de las Erinias! ¡Dulce y amargo a un tiempo, espera la terrible solución! ¡Sale un grito de fondo de las entrañas: ese grito no engaña jamás! Busca justicia, justicia anhela: ¿caerán en el vacío sus esperanzas...?

Est. 2a.—Limite exiguo separa la justicia de la maldad. La locura está cercana (¿de la discreción?) (laguna) El destino del hombre es próspero y va de repente a encallar en un escollo oculto. Un temor sabio al marino domina y lo hace arrojar al mar parte de su riqueza para que no la barca toda naufrague. El hambre se destierra con el amparo de Zeus y la próspera cosecha de los surcos año tras año.

Ant. 2a.—Pero cuando la negra sangre de un hombre cae por tierra una vez sola, ¿qué encantamiento habrá que la haga retornar a las venas? Y aquel sabio que logró sacar del Hades a los muertos fue detenido por Zeus en su camino. Y si el Hado no tuviera fijo para cada uno el propio oficio y deber, ya mi corazón se hubiera anticipado a mi lengua, prodigando al mundo sus secretos. Solloza ahora en la sombra y en el dolor interno refrenado. Nada espera ya en su ardiente hornaza que lo quema!

Cl.—(A la puerta del palacio).—Entra también tú —a ti Casandra hablo—, Clemente Zeus quiso que en este palacio participaras de las sacras abluciones en pie al lado de innumerables esclavas.

Baja del carro. No te muestres altiva. Aun el hijo de Alkmene, según cuentan, vendido fue y se avino a el pan de los esclavos. Feliz destino es, cuando tal suerte toca, hallar amos de una casa envejecida en la opulencia. ¡No, los que sin esperarlo lograron hacer fácil cosecha, son crueles y excesivamente duros con sus esclavos! Tendrás en nuestra casa lo que el deber impone.

Coro.—(A Casandra). ¡Claramente te habló! La suerte te ha atrapado en sus redes. Obedece, si obedecer debes. ¿Serías capaz de ser inobediente?

Cl.—Podrá ser que su lengua sea extraña, habla de golondrina acaso... ya habría entrado a su alma lo que he dicho.

Coro.—Ve en pos de ella: para el estado de las cosas te dice lo mejor. Obedece, deja el asiento de ese carro.

Cl.—Tiempo de sobra para esperar a la puerta no tengo. Ya enfrente del ara están las víctimas dispuestas para la inmolación. Es la que debo hacer por dicha no esperada. Si has de hacer lo que mando, no te demores más. ¿Es que ignoras la lengua y no comprendes qué digo? ¡Habla siquiera con ademán de tu mano!

Coro.—De un intérprete necesita la extranjera, según yo pienso. Tiene aspecto de fiera recién cautivada.

Cl.—¡Loca está y se detiene su mente en malas cavilaciones! ¡Acaba de dejar una ciudad conquistada! ¡No ha sabido llevar el freno, sino hasta que haya desahogado su cólera con sangrienta espuma! No me humillaré más en perder mis palabras! (Entra al palacio).

Coro.—¡Yo no me irritaré: la compadezco! ¡Bah, infortunada: descende del carro: cede al destino, toma el yugo que aun no conocías!

Cas. Est. 1a.—¡Huh, huh, huh, ya! ¡Dioses... Tierra! ¡Apolo, Apolo!

Coro.—¿Por qué lanzar esos ayes a Loxias? No toca a Loxias treno funerario!

Ant. 1a. Cas.—¡Huh, huh, huh, ya! Dioses... ¡Tierra! ¡Apolo, Apolo!

Coro.—Otra vez... clama al dios. Pero a funestas lamentables voces él no sabe prestar ayuda.